

## ESPERANDO EL RENACIMIENTO

**D**ECIAN los textos de Historia que, durante la Edad Media, la cultura se refugió en los monasterios. Cuando leía aquella frase, siempre me imaginaba la cultura corriendo por las calles embarradas y sucias de los burgos perseguida por el populacho, herida a pedradas, sangrando y desgarrada, buscando la puerta de un convento benedictino, donde un buen monje vendaría sus heridas y le daría un torrezno, un poco de pan y una estera donde reposar. Más tarde desconfié seriamente de Cluny y llegué a creer lo que decía Umberto Eco de pasada: una destrucción casual y una conservación desordenada. "Perdió manuscritos esenciales y conservó otros irrisorios, borró poemas maravillosos para escribir sobre ellos adivinanzas y oraciones, falsificó los textos sagrados interpolando en ellos pasajes y con esos procedimientos escribía 'sus' libros". Más aún, llegué a dudar de que destrucción y conservación fueran causales...

¿Dónde se refugia, ahora, la cultura? Hemos vivido un tiempo en la que la hemos visto otra vez perseguida y destrozada. Los nuevos monjes, llamados censores, borran párrafos y escriben otros. Los intelectuales iban a las cárceles: van de hecho a las cárceles en Argentina, en Chile, en Uruguay; a algún que otro manicomio en la Unión Soviética y países adyacentes; fueron sus libros a la hoguera y sus cuerpos a los campos de concentración. Un ingenioso ministro español de Información —el Ministerio que luego se llamó de Cultura— propuso, simplemente, cercarles por hambre. Propuesta inútil, porque la sociedad siempre tuvo un divertido empeño en que los productores de cultura vivieran en la más absoluta de las pobreza.

En cuanto a la Cultura, con mayúscula que la convierte en persona física, o con la minúscula del bien común, se nos está aquí muriendo. Nos cuentan las estadísticas de la Unesco: hay sesenta lectores de periódico por mil habitantes, mientras que en la Comunidad Europea hay 400 por cada millar. Las frecuentaciones a las salas de teatro son las más bajas de Europa; los lectores de libros son unos cuantos alucinados en trance de extinción. Ya los destructores de librerías apenas se manifiestan: se han convencido de que no son necesarios y que las librerías cerrarán sus puertas por sí solas, más tarde o más temprano. Las revistas que propenden a la cultura se van poco a poco muriendo, como aquellos "Diez negritos" de la comedia de Agatha Christie. Las publicaciones van abaratando su contenido, buscando cebos, sensacionalismo o excelentes traseros, que no digo yo que no sea una forma de cultura, pero sí de una cultura muy peculiar.

Ya no hacen falta inquisidores, censores, autos de fe, o lóbregas ergástulas. Los que producen cultura, con mayor o menor fortuna, están desconcertados. Con una tendencia al sentimiento de culpabilidad, hablan entre sí acerca de que están fallando. No lo saben. Ven surgir en torno suyo a los mercaderes del templo, con mucha más fortuna. Ellos se van quedando solos. Con sus teatros desiertos, sus editoriales en quiebra, sus revistas mermándose cada día más. Peor aún que sus medios de vida perdidos, el sentido de la inutilidad de su esfuerzo les consume más y más. Apenas esperan que un perro de los buenos monjes de San Bernardo, atravesando las nieves, llegue a sus cuerpos congelados con el barrilillo de coñac de una ayuda, de una subvención. Tienen la esperanza de llegar, así, hasta que aparezca el Renacimiento. ■

**POZUELO**



Arriba, la contramanifestación "empujada" por las FOP de Calzadas de Mallona, muy cerca del domicilio del primer etarra muerto, Xabi Etxebarrieta. Abajo, Múgica y Benegas intentando pactar el prudente cambio de itinerario de la manifestación autorizada.



1.º El de quienes, habiendo utilizado, o al menos aceptado, procedimientos similares, los condenan hoy por ser de signo opuesto al suyo.

2.º El de quienes, en nombre de sinceras convicciones éticas, condenan la violencia, venga de donde viniere, incluyendo, por ello, la violencia llamada institucional.

3.º El de quienes, por considerarla "como un aspecto más" dentro de la guerra que se ven forzados a soportar, no la condenan, si bien, episodio por episodio, la lamentan.

4.º El de quienes la entienden como única vía política posible frente a la opresión de su

pueblo y, en consecuencia, la ejercen o apoyan.

Estos niveles se dan hoy en Euskadi, guste o no. Aunque luego las opiniones se dividan a la hora de cuantificar el número de los inscritos a cada una de ellas.

El PNV ha decidido subrayar el número 2. E inmediatamente su postura ha sido contestada, por arriba y por abajo. ¿Pierde o gana con ello? La respuesta se pierde, hoy por hoy, en la nebulosa de esa imposible cuantificación a que hacemos referencia. Y sólo podrá ser desvelada mediante unas elecciones que necesariamente tendrán que ser más limpias y objetivas que las del 15 de junio de 1977. ■